

Cada país debe crear, mantener y
acrecer el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

SHERWIN-WILLIAMS
PINTURAS
LA MEJOR CALIDAD EN EL MUNDO



**SU CASA MERECE
LO MEJOR . . .**

SWP

de **SHERWIN-WILLIAMS**

PINTURA PREPARADA

La Pintura Preparada SWP de Sherwin-Williams es famosa en el mundo por su superior calidad. ¡Realmente una pintura en que se puede tener completa confianza! Al pintar su casa insista en que se use SWP para obtener el máximo grado de protección y belleza.



AROELECTRICA, S. A.

SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
Panamá, R. P.

Avenida
Justo Arosemena
y Calle 12
Tel. 1088-L
Colón, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación Mensual Dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Noviembre de 1946 — Número 11

JUAN O. DIAZ LEWIS

Viernes Santo Bautista y otros cuentos

Nota de
Enrique Ruiz Vernacci

Ilustraciones de
Conte Porras, L. A. Franco,
R. de Pool y L. Lince

BIBLIOTECA SELECTA
PANAMA
1 9 4 6

1947
BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436_L

Panamá, R. de Panamá

PRECIO DE SUSCRIPCION
B/1.50 AL AÑO

Suscríbese a la
BIBLIOTECA SELECTA

JUAN O. DIAZ LEWIS

Nació en Panamá, el 22 de Marzo de 1916, donde hizo sus primeros estudios (Colegio San José, Escuela Justo Arosemena e Instituto Nacional). Terminó su educación secundaria en el Holy Cross College de New Orleans. En la Universidad de Luisiana obtuvo el título de Bachiller en Artes (1940) y Bachiller



en Leyes (1942); culminó estos estudios en la Universidad de Michigan (1944). A su regreso fué profesor de inglés durante dos años en el Instituto Nacional. Actualmente ejerce su profesión de abogado. Hasta ahora ha publicado únicamente dos cuentos: "Una aventura que no se cumplió" y "La Navidad del recuerdo" Primer Premio (1944) en el concurso de Navidad que patrocina "La Estrella de Panamá". Tiene en preparación una novela que tentativamente llama "UNO DE ADENTRO" y otra que llamará "COCOAGROVE" de la cual forma parte el cuento intitulado "VELO RIO".

Nuestro próximo número

CUENTOS DE NAVIDAD

por

JOSE A. CAJAR ESCALA

Nota de

Diego Domínguez Caballero



JUAN O. DIAZ, PROBLEMA DE NUESTRAS LETRAS

por

ENRIQUE RUIZ VERNACCI

Juan O. Díaz, joven abogado, publica en esta entrega de "Selecta" cuatro cuentos.

Ha de interesarnos el amor a las letras de este miembro de la nueva generación. Tal vez nuestro hora — hora que nos sorprende cruzando la frontera de la madurez hacia la senectud, un tanto cansados — no parezca a muchos la más indicada para dedicar al arte literario devoción fervorosa. Se viven otros días. Días de cosa práctica, días de habilidad para escalar posiciones, días de "dramático oportunismo" — la frase es de Benjamín Jarnés — que desconciertan no sin motivo aun a quienes, con la mente curiosa, nos proponemos comprender y asistir al espectáculo, buscándole justificación.

Gunther Gröndel, en su libro "La misi6n de la joven generaci6n", ha planteado este problema: hasta ayer el joven pens6 que entraba en el estadi6 de la literatura, de la pol6tica, de 6sta o aquella profesi6n liberal, para renovar, para perfeccionar m6todos e ideas. Hoy, qu6 quiere?... Lo ha glosado Jarn6s al referirse a la obra de Gröndel: "El joven pretende venir para construirlo todo de planta, para hacer del mundo la c6lebre t6bula rasa, para hacer en el mundo una limpieza general".

Los j6venes de mi 6poca quiz6 perdi6ramos un tiempo: comenz6bamos por estudiar lo adquirido: nos enter6bamos de lo que hab6an hecho nuestros antepasados. Los de este minuto lo condenan todo sin conocerlo: atacan sin compasi6n a los "vers6tiles oportunistas"; tal nos apoda Gröndel. Pero no habr6 indocumentados, espont6neos, caprichosos, abominadores de la cultura que no captan, entre los iconoclastas?... O no ser6 nuestra actitud—la de los que hemos pasado—la incomprendiva y la intransigente? Cuando nos dedicamos a meditar acerca de la juventud, no nos invadir6 un algo de temor a no entender o puede que un feo prurito de alabar para obtener un elogio o una acogida amable entre quienes cabe sean nuestros impugnadores, con justicia o sin ella?

Todas estas preguntas—autoex6men, an6lisis—me las he hecho yo al iniciar mis apuntes para esta nota en torno a la personalidad de Juan O. D6az, joven de verdad. Y qui6n sabe si me he decidido a hilvanar mis pensamientos porque me figuro que Juan O. D6az, no es el iconoclasta sin sentido, ni el indo-

cumentado, ni el espontáneo, ni el caprichoso. Quién sabe si acá, en el fondo de mi yo, he visto en Juan O. Díaz no al que odia lo que fué, sino al que aprovecha, en su beneficio, lo construido por los “aborrecibles” antepasados!

* * *

A raíz de leer aquel cuento de Navidad premiado en el concurso de “La Estrella de Panamá” el año último, encontré ciertas esencias “stendhalianas” en su autor. Recordé, sin querer, la caricatura de Musset: Stendhal era gordo, ventrudo, de cuello corto, de anchos hombros, de mirada viva, de boca maliciosa. En aquel cuento de Navidad, como en estos que ahora se publican me enfrento a un pintor perspicaz de las luchas interiores, del trabajo de la imaginación: este pintor descubre tristezas y alegrías y contrastes: utiliza lo ironía. Observa con una rara y especial sangre fría. Es psicólogo. Y ya se sabe lo que afirmó bellamente Ortega y Gasset: la novela y el cuento son experiencias de psicología imaginativa. No es lírico, no es romántico. Araña en su propia cantera y tropieza con las figuras que componen sus cuentos. Desbautiza a sus personajes, pero son sus personajes. Hay intuición, revelación, en su manera: intento de descifrar el espíritu. Ese intento es su filosofía.

La línea de Stendhal es paralela a la de Proust, paralela a la de Joyce. Y la línea de nuestro cuentista— sin olvidar las distancias — también es paralela a la de los mencionados novelistas; como lo es a la de Evelyn Waugh, una de las lecturas predilectas de Juan O

Díaz. Este paralelismo no indica identidad: precisamente el paralelismo supone la negación de un encuentro: o el encuentro en el infinito.

* * *

Si indago mi predilección por este estilo de cuento que cultiva Juan O. Díaz, admito que huye de la anécdota, que apenas le interesa la anécdota, pero que necesita una ligera trama para vivir la atmósfera imaginativa que crea el cuento en sí. Lo ha expresado al gún lector de Marcel Proust con agudeza: no es que la anécdota constituya el atractivo: quizá es lo menos sugestivo: es más, como lector, busco lo otro—la observación, la diserción de las almas, el devanar de sus cerebros en el mágico ovillo — pero imposible omitir la anécdota, el argumento. Llena su función. Y con mayor eficiencia en el cuento que en la novela. Las perlas del collar—lo de valor son las perlas, no el hilo que las mantiene unidas—no prescinden del hilo.

* * *

¡Qué impresionante y qué paradójico es el objetivismo de Juan O. Díaz en sus cuentos!... Hay que decirle que no se aparte de él. Juan O. Díaz, a mi entender, puede hacer una gran novela, esa novela que no se ha hecho en Panamá. Y es, sencillamente, por su objetivismo. Para mí, Juan O. Díaz, de un modo casi inconsciente, va por la vida a caza de perso-

najes para sus cuentos, para sus novelas, que han de venir. No necesita forzarse para lograr la novela del pueblo, la novela de la lucha social. Hará esa otra novela que llevará en sí más que la tesis: llevará la inquietud del minuto en el que le ha tocado actuar. A la postre el mismo caso de Joyce. Aquello que ocurre en "Ulises" un día de Junio de 1904: aquello que hacen — sobretodo, aquello que piensan — una serie de dublineses durante veintitantas horas, es una novela impresionante. Todo es novela y nada es novela. El novelista construye el enorme edificio: el novelista es arquitecto.

* * *

Se ha dicho que Stendhal — regreso a Stendhal— fue un escritor descuidado, escasamente interesado por la manera de escribir. Hasta Léo Claretie cae en el lugar común de afirmar que el autor de "Rojo y Negro" fue un despreocupado de la forma. Sin embargo, admite que en una época en que estaban casi olvidados los clásicos franceses Henri Beyle sentía desmedida pasión por ellos. El propio Stendhal, en una de sus cartas, comenta una frase del "monstruo" Balzac en la que le acusaba de no tener estilo: "Si supiera Balzac lo que me ha costado acertar con un adjetivo!..."

Yo desearía que Juan O. Díaz dijera a la forma la singular importancia que tiene. No hablo de la forma en el sentido de eso que se suele denominar estilo:

barroquismo, quincalla, adornos: no: pretendo referirme a la exactitud, a la urgente exactitud. Sintaxis, prosodia, estructura material de las palabras — eco de don Andrés Bello—, se resumen en exactitud: es la perfecta forma, el saber escribir. Un lector de Evelyn Waugh, tan exacto en inglés, ha de afanarse por la exactitud en castellano. Es el mejor estilo y el que más se aleja del truco utilizado por el odioso estilista.

* * *

Remato estas notas con una invitación al amigo de las letras a leer, sin prejuicios, estos cuentos de Juan O. Díaz. Es oportuno seguir la ruta del nuevo escritor. En mi opinión nos ha de sorprender muy pronto. Posee la materia prima: exquisita objetividad, psicología imaginativa, fina observación, que hacen al novelista y al cuentista. Son dotes excepcionales. Puede llegar a adquirir la exactitud, secreto supremo de la forma.





Viernes Santo Bautista

A Elisa Arosemena, quien
nunca ha vivido en Estados
Unidos.

Me tocó al lado el primer día de clases. Su tipo era diferente al de los demás alumnos, todos muy franceses; éste, rubio y coloradote. Se volvió y me dió el clásico saludo luisianés:

—Eh lá bas, mon cher.

Quise contestarle, pero en esos momentos el profesor llamó a lista. Sentí que mi compañero me pasaba un papelito: ¿“Eres ‘Cajun’ o Latino?”

Subrayé la última palabra y se lo devolví. El muchacho sonrió y volvió a escribir: “Me gustaría hablarte cuando toque la campana. Me llamo M. C. Peters”.

Asentí con la cabeza y torné la vista hacia el catedrático demostrando que no deseaba continuar el intercambio de billetes.

Después de clase, el americano me extendió la mano:

—Soy Morrison Calvin Peters, vengo de Jena, como a ochenta millas de Alexandria.

—Y yo, Luis Pérez, de Panamá, y no sé a cuantas millas queda de ningún lugar.

Soltó una carcajada como si fuera el mejor chiste del mundo.

—Siempre he tenido muchos deseos de conocer a algún latino. Desde que llegué a la Universidad he buscado la ocasión, pero todos los morenos me resultan “Cajuns” de Lafourche o de Pointe Coupée.

—Que raro. Somos numerosos. Pero, ¿a qué se debe el interés en conocernos? ¿Tienes algún amigo allá?

—Oh, no. Es pura curiosidad. Para saber como son.

—Pues aquí me tienes de carne y hueso. Con cara, brazos y todo.

—Por favor, no quise decir eso, lo que deseo es conocerlos mejor.

Me chocaban los americanos que buscaban mucho a los latinos. En la mayoría de los casos eran tipos que por un motivo u otro no caían bien entre sus paisanos. Trababan entonces amistad con los hispano-americanos a falta de otros. Pero este gringo me cayó en gracia. Tenía un candor y una ingenuidad simpáticos.

Así comenzó una de las amistades más extrañas de

mi vida. M. C. — Emcí como le llamaban — vivía a tres puertas de mi cuarto y no escatimaba ocasión de estar conmigo. Poco a poco fué desenvolviendo su historia. Su pueblo formaba parte de esa sección de la Luisiana tildada “The Baptist Belt” o La Faja Bautista, llamada así, porque sus habitantes pertenecían casi todos a esa rigurosa secta. M. C. no había probado un trago en su vida. Aunque su abuela “chupaba” rapé, él nunca se había puesto un cigarrillo en la boca. Sus domingos seguían siempre el mismo patrón: oír todo el día a su padre leer la Biblia en alta voz, con un solo intervalo pasado en la Iglesia, donde el pastor los bombardeaba con sus propias interpretaciones evangélicas y sus feroces ataques al papismo. El padre de mi amigo era el director de la escuela de Jena, y su madre, la profesora de historia y literatura. M. C. era hijo único y trabajaba en el restaurante de la Universidad para pagarse sus estudios.

Mis relatos de la vida en Panamá lo dejaban asombrado. Ahora sospecho que con patriotismo un tanto exagerado, pinté a su mente campesina un Panamá como el centro de la corrupción y el pecado. Los alegres Carnavales panameños se convirtieron en cuatro días de orgías. Los “cocktail-parties” y fiestas de mi grupo en bacanales. Me deleitaba contarle cómo mi papá me brindó el primer cigarrillo y casi veía pasar por sus ojos la imagen de una familia degenerada cuyos miembros se pasaban la vida bebiendo y fumando. Cuántas noches no se estaría en vela, viendo en el cielo raso de su cuarto, ese Panamá corrompido y desfigurado que le describí.

El año escolar pasaba con esa lentitud que no se vuelve a sentir una vez dejada la escuela. Para las vacaciones de Navidad M. C. se fué a su casa.

—Mamá está deseosa de conocerte— dijo al regreso:—en mi pueblo nunca han visto un latino. Les conté a mis padres de ti y se lo dijeron al Pastor. Este me hizo pronunciar una conferencia en una reunión del “Baptist Young People’s Union”. Mi charla se llamó “Mi amigo de Panamá”. Vieras que éxito.

—Oye, pero me haces sentir como bicho raro. Espero que no les contarías todo.

—No, hombre, cómo se te ocurre tal cosa: me habrían expulsado del “Union”. Tuve buen cuidado de censurarlo. Pero eso no tiene importancia. Se me olvidaba lo mejor. Mamá quiere que te pases las vacaciones de Pascua con nosotros.

—Me encantaría.

—Pues entonces no te vayas a comprometer con nadie.

—Pero ¿qué va a decir tu familia cuando me ven fumando?

—Pierde cuidado. Lo saben, y Mamá dijo que como cristiana que es, debe perdonar las faltas de los otros. Aquí tienes nuestro regalo de Navidad.

Me alargó un gran paquete.

La familia Peters me obsequiaba una pesada Biblia protestante que chorreaba arabescos y cintitas multicolores, llenas las gruesas páginas de figuras iluminadas con chillonas tintas.

—Uds. se han dispuesto regenerarme, ¿no?

—Es solamente para cuando tengas algún rato intranquilo. Dice el Pastor que es el mejor sedante del mundo.

—Caramba, muchas gracias.

Recrudeció el invierno y continuamos nuestra amistad. Nos pasábamos largas horas conversando y haciendo planes para las vacaciones. Si hubiéramos hecho todo lo que proyectamos, un mes no habría sido suficiente. Al fin llegó el Miércoles Santo, día de nuestra partida. Jena era tan pequeño que debíamos ir en tren hasta Alexandria y de allí coger un ómnibus. Después de seis horas que me parecieron interminables, llegamos.

Ante mis ojos se extendía el pueblo. Fila tras fila de casitas, todas iguales, todas sin pintura. Hilitos de humo que se atrevían a escapar de las chimeneas de ladrillos me indicaban que algunas de las casas estaban habitadas. Esto era lo que quedaba de lo que un día fué próspero centro maderero. Con esa crueldad impersonal de las grandes compañías, al terminarse la materia prima, las empresas se habían mudado, dejando este pueblo de fantasmas.

—En verano es muy alegre.

Volví a ver a mi amigo tratando de enmarcarlo en esta desolación. Ahora me explicaba el interés por Latino América. He debido mirarlo con extrañeza pues comenzó a coger las maletas. De pronto me dijo:

—¿Te pesa haber venido? Si quieres te regresas.

—Por favor, como se te ocurre tal cosa. Si esto es lindísimo y muy diferente a Panamá.

—¿Uds. no tienen pueblos fantasmas?

—No, si acaso los tuviéramos las lluvias se encargarían de hacerlos desaparecer.

—Mira, allá vienen mis padres.

Por la carretera se acercaba una pareja salida de un cuadro de Grant Wood. Mr. Peters, largo, larguísimo, con unos ojos hundidos, quizás derrotados por su prominente nariz. Vestía de negro. En una mano llevaba un paraguas. Del huesudo brazo le colgaba una mujercita, toda de gris y cubierta con un sombrero de fieltro negro de forma indescriptible. Calzaba medios botines negros y escondía sus piernas en gruesas medias de punto. Apretaba contra el pecho una cartera de cuero negro como si temiera que se le fuera a escapar. Mr. y Mrs. Peters. Tal como me los había imaginado. Dos de los ciento treinta millones de estadounidenses y nada más.

—Papá y Mamá, mi amigo de Panamá, Luis Pérez. Luis, mis padres, Mr. y Mrs. Peters.

—Mucho gusto — les dije con una sonrisa que ensayó expresarles que estaba encantado pero que fracasó en el intento.

—Mucho gusto, señor Pérez. — Me contestó la señora, como anunciando que era ella quien mandaba.— ¿A usted le importa que le diga Luis?

Soltó un gorjeito que cortó a medio camino. Me molestó la madre de mi amigo. La encontré antipática.

Mientras caminábamos hacia la casa y M. C. conversaba, rebuscaba en la mente el por qué de mi antipatía hacia ella. De pronto habló Mr. Peters por primera vez. Me contó la historia del pueblo y de los

aserríos. Yo ya la sabía, pero hube de escucharla esta vez narrada por el quijotesco señor con una aburrida voz de profesor de geografía.

Al fin llegamos a la casa. Un edificio de madera con un pequeño "porch" a la entrada y los cuartos arrimados unos a los otros como en un racimo de guineos. Si alguna vez estuvo pintada no se le veía ahora, pues como las otras casas del vecindario, era de un no-color deprimente.

Un sofá y dos butacas se desparramaban por la pequeña sala. El brillo de los muebles del comedor me hacía sospechar que Mr. y Mrs. Peters tomaban sus comidas en la cocina. M. C. me llevó a su cuarto, que ahora también sería el mío. Muy a la americana, las paredes cubiertas de banderolas colegiales, de escopetas y cañas de pescar.

Después de cenar nos sentamos a conversar en el "porch".

—¿Cómo le gusta Jena, Luis? — preguntóme Mrs. Peters.

—Es un sitio encantador, tan apacible, tan tranquilo.

—Panamá debe ser muy diferente.

—Sí, es otra cosa.

Y comenzó el rosario de preguntas, inteligentes muy pocas, necias las más, con que el americano ansía ilustrarse en unos pocos minutos sobre nuestra vida, cultura y costumbres. Mr. Peters desarrugaba el ceño de cuando en cuando para interponer una pregunta que daba la impresión de una represa con que retener el torrente de las de su esposa. Súbitamente la señora

se dirigió a su cónyuge.

—¿Peters, ya va siendo hora?

—Sí, son las siete menos cuarto.

—Dios mío vamos a llegar tarde. ¿No viene con nosotros?

—No sé a dónde van.

—Al servicio de oraciones como todos los miércoles. ¿Usted es cristiano?

—Sí, señora, soy católico.

—Ah, entonces comete pecado si viene a nuestra iglesia — me dijo muy de prisa y con un tono socarrón.—Bueno, allí tiene libros para distraerse. Hasta más tarde.

Todo sucedió tan rápidamente que no tuve tiempo ni para explicarle que yo no creía que pecaba si asistía a sus servicios. A las ocho y cuarto regresaron, la señora con los ojos brillantes como si hubiera gustado una tremenda emoción; los dos hombres callados y cabizbajos. Una vez más se formó la tertulia en el “porch”.

—Qué satisfactorio es poder rezar en su propio idioma, ¿no te parece, Peters?

Yo bien sabía que el dardo iba dirigido a mí, así es que lo pesqué.

—Si, — le dije — me cuesta trabajo ponerle atención a las oraciones en inglés.

—¿Ud. entiende latín?

—Mamá, — interrumpió M. C. — no todos los católicos saben latín.

Viéndose derrotada, se calló y al rato nos dió las buenas noches. Mr. Peters aprovechó la ausencia de

su esposa para sacar a relucir la reserva de preguntas que se había guardado. Comparado con la señora parecía una buena persona así que traté de contestar su interrogatorio sobre los espías en Panamá, la selva, las serpientes y miles de cosas más. Cuando no sabía, inventaba las respuestas con una como ansiedad por satisfacer la reprimida curiosidad del viejo. A las dos horas de esto M. C. vino en mi ayuda.

—Padre, creo aburres a Luis. Debemos levantarnos temprano para la pesca.

—Es verdad, — balbuceó con un tanto de vergüenza:—hasta mañana.

* * *

Un delicioso olor a huevos fritos y café se me metió en la nariz y me despertó. M. C. componía los útiles para la pesca sentado en una butaca.

—Son las seis y media. Lávate ligero para desayunarnos.

Terminadas mis abluciones fuimos a la cocina donde Mrs. Peters preparaba el desayuno.

—Buenos días...ya se van?

—Sí, mamá, queremos aprovechar las horas antes de que salga el sol — le contestó M. C.

—Aquí tenemos magníficos peces. Creo que van a tener buena suerte.

—Ojalá.

—Regresen temprano. He invitado a un grupo de gente joven para que vengan a bailar un rato. ¿Ud. baila?

—Como no, — le contesté distraídamente pensando en mi abuela y lo que hubiera dicho al saber que

iba a bailar en Jueves Santo. Pero no dije nada de mis pensamientos por no darle materia a la señora para nuevas indirectas.

Cargados de cañas salimos. Quince minutos después nos hallábamos cómodamente sentados a la ribera del turbio río. M. C. prendió unas ramas secas para calentarnos. Saqué mi pipa y comenzamos a pescar.

—Oye, — me dijo después de un rato. — Debo explicarte algo sobre mamá y el papismo.

—M. C., no te sientas obligado, creo que comprendo lo que pasa y por lo que más quieras, no le llames el papismo.

—Bueno, el catolicismo. Es que mamá no conoce nada sobre tu religión.

—Al contrario, sí conoce pero todo lo tiene equivocado.

—Verás, mamá no es de Jena. Viene de Minden. Su padre era el "Wizard" del Ku Klux Klan de ese distrito.

La señora Peters se me apareció vestida con el largo ropaje blanco y la gorra en punta. El Klan no permitía mujeres pero me la imaginaba muy capaz de ocultar su sexo para asistir a las reuniones de la terrible organización anticatólica.

—Eso me explica muchas cosas, pero debes decirle que mi religión no es como su papá y sus amigos le han contado.

—Es difícil, ella se ha criado con esas ideas. No es que te tenga mala voluntad pero es la primera vez que tiene a un católico en su casa.

—¿Pero tu no le dijiste que yo era católico?

—No, pensé mejor no decirles nada.

Callé y volví la vista al río. Mi amigo mentía. Si no, por qué la inmensa Biblia. Le diría a su madre sepa Dios que historieta. El corcho bailoteaba sobre el agua y hube de salir de mis cavilaciones para recoger la cuerda. Del anzuelo pendía un bellissimo "catfish" que se retorció tratando de liberarse.

—Qué suerte la tuya.

—No creí que pescaría nada tan ligero. Frito en mantequilla va a estar delicioso.

Como a las cuatro volvimos a casa con unos diez peces. Indudablemente el río era estupendo. Hubiéramos pescado más pero nos distraíamos y a pesar de los avisos del corcho les permitíamos a los "catfish" que se robaran la carnada. A las doce sacamos las cuerdas y almorzamos. Luego nos tiramos debajo de un árbol y dormitamos por un par de horas. Un día perfecto que me había hecho olvidar los problemas religiosos que suscitara mi anfitriona. Mr. Peters nos salió a recibir.

—¿Quién batió el record?

—Luis.

—Esos "catfish" son riquísimos. Mrs. Peters los prepara a la maravilla. Los fríe en mantequilla y luego les pone una salsa exquisita. Vamos a ver si los hace para esta noche.

—Mr. Peters, ¿usted cree que se dañarán si los guardamos para mañana?

—Absolutamente, los limpiamos y a la refrigeradora con ellos. Pero, ¿por qué?

—Pues si a ustedes no les importa preferiría que los guardasen para mañana. Es Viernes Santo y no me gustaría comer carne.

—Es verdad, — dijo M. C. — Se me había olvidado. Voy a decírselo a mamá.

—Mejor no, — exclamé medio arrepentido.—Yo no le quisiera dar ninguna molestia.

—Y a quién no le quiere dar molestias, Luis?— dijo Mrs. Peters saliendo al “porch”.

—Mamá, es que Luis no puede comer carne mañana porque es Viernes Santo y nos ha pedido que guardemos los pescados hasta entonces.

—Por favor — les pedí: — por mí no se preocupen, con un día que coma menos no me voy a morir.

No sabía como salirme de esta complicación en que me había metido. Mrs. Peters me miraba y su fisonomía delataba el disgusto que todo esto le causaba. Sin embargo, sonrió y con un tono que destilaba veneno me contestó:

—Al contrario, Luis, no me gustaría que fuera usted a pecar por nuestra culpa.

Volví la señora con los pecados. Pensé decirle algo, pero me abstuve reconociendo que una discusión de éstas no mejoraría en nada mi posición.

—Peters, por qué no limpias los pescados y los pones en la nevera?

—Sí, Maud.

Era la primera vez que oía al viejo decirle su nombre de pila a la señora. Me sonó como si la quisiera apaciguar.

A las siete de la noche comenzaron a llegar los invitados a la fiesta. Las muchachas, muy lavadas y

planchadas. Los hombres, incómodos en sus vestidos de paño. Todos con una sola idea: ver al latino americano. Al principio me sentía como ternero con dos cabezas: nadie me hablaba, sólo me miraban con una insistencia desesperante. Al fin una rubita, con cara de sábelotodo, anunció:

—Yo conocí en New Orleans a un mexicano. Se llamaba Carlos Plaza.

Como si esperaran la señal de la rubia, los demás me fueron informando de sus contactos con algunas de nuestras cosas o costumbres. Unos habían sido dueños de huaraches, otros habían visto películas de Dolores del Río, los más habían estudiado español por seis meses en la escuela. Pero la rubita era reconocida como la líder por su amistad con Carlos Plaza.

M. C. me liberó de esta tortura proponiendo que jugáramos algo. Todos, especialmente yo, aceptamos. La rubia se decidió por charadas. Luego jugamos una versión americana de "Las Prendas". Estábamos en lo mejor de las penitencias cuando Mrs. Peters apareció y nos invitó a pasar al comedor. Sobre la pulida mesa estaba expuesta la crema de la cocina bautista. Bolas de millo con miel, bizcocho de jengibre, cake de chocolate, sandwiches de mantequilla de maní, café caliente y té helado. Con ese sentido de organización de que hace gala el pueblo norteamericano, los invitados se repartieron. Unos servían el café; otros el té, mientras que los demás pasaban las bandejas. Una inmensa pelirroja se abalanzó sobre mí con una fuente de bolas de millo.

—Uds. comen estas cosas en su tierra?

—No, nuestras comidas son diferentes.

Con algo de perversidad quise contarle que en mi tierra comíamos pescado crudo, pero la mirada de mi anfitriona, que no me abandonaba, me lo prohibió. A lo mejor pensaría que el seviche era parte de nuestras creencias religiosas.

Después del refrigerio pasamos de nuevo a la sala donde bailamos un rato. La rubia prosiguiendo en su "liderato" insistió en que yo debía bailar mi baile nacional, según ella, la rumba.

—Mary, — díjole Mrs. Peters.—No insistas. Lo más probable es que sea pecado bailar en Semana Santa. ¿Tengo razón, Luis?

—No, señora. — le dije temblando de ira—No es pecado: si no lo hacemos durante esta semana es puramente por tradición.

Nunca deseé tanto escuchar una rumba como en esos momentos. Quería vengarme de esta señora que se había dispuesto atormentarme, pero no conseguí nada en la radio. Me decidí, entonces, a hacerlo sin música y bailé una rumba, que aunque sin saber los pasos me salió bastante bien. Tal era mi ansiedad por dejar mal a Mrs. Peters.

* * *

La mañana siguiente la pasamos visitando al pastor y el desierto aserradero. El reverendo, una vez hubo satisfecho su curiosidad de que yo era humano, se envolvió en sus prejuicios y perdió todo interés en mí. M. C. cortó la visita lo más pronto posible. Después de esta experiencia la visita a la fábrica fué un placer.

De vuelta a casa nos dedicamos a dispararle a una latita colocada sobre un poste de la cerca.

—Te has divertido? — preguntóme M. C. mientras cargaba la escopeta.

—Francamente, sí. El “party” de anoche estuvo muy simpático. Al principio me sentí algo cohibido, pero después pasé un buen rato. Todos son chicos muy agradables.

—No sabes cuanto me alegra oírte decir eso. Te voy a confesar algo. Casi me arrepiento de haberte invitado. Temía que no estuvieras contento entre nosotros, especialmente por lo que hablamos ayer, pero ya viste que mamá ha cambiado. Hasta te tiene preparada una sorpresa. Los pescados los va a cocinar de una manera especial.

—Se lo agradezco mucho. Comprendo muy bien su primera impresión de extrañeza. Después de lo que me contaste hasta me la explico.

La latita era un colador cuando los Peters regresaron de la escuela. En Jena el Viernes Santo era un día como cualquiera otro. Mr. Peters vino a sentarse con nosotros.

—¿Cómo les fué con el pastor?

—Muy bien, es una persona muy agradable.

—Sí, Mr. Bingham es un hombre ilustradísimo. Qué buen orador es. Hay que verlo como grita y salta cuando tenemos “revivals”.

El señor Bingham debía ser terrible durante esas sesiones de histeria comunal. Me corrió un temblor por el cuerpo al pensar en el cuadro. El reverendo como poseído, maldiciendo al papismo y las mujeres

de Jena, capitaneadas por Mrs. Peters, retorciéndose de celo religioso ante los aullidos del pastor.

La voz de mi anfitriona me sustrajo de mis pensamientos.

—Vengan a almorzar — decía con un alegre tintineo en la voz.

Entramos a la cocina y ocupamos nuestros puestos. Mrs. Peters con los ojos que parecían dos ascuas, caminaba de aquí para allá terminando los preparativos. Había no sé qué de raro en el ambiente. Sentí un escalofrío. Se me figuraba que la señora tenía algo de siniestro. Pero todo debía ser idea mía. Lo que me imaginaba no sería más que anticipación por el triunfo culinario que iba a obtener con los pescados. Volví a ver a M. C. y a su padre. Aparentaban no haber notado nada extraño.

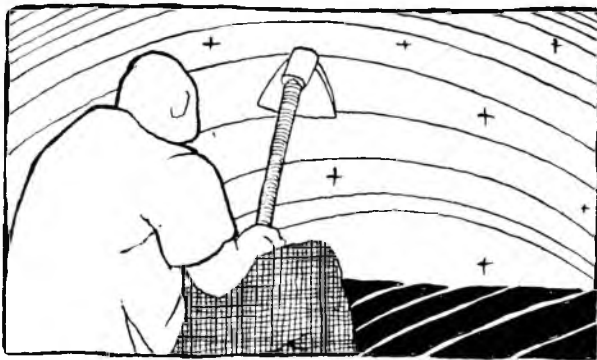
Sosteniendo en alto una fuente como si fuera una ofrenda a algún Dios pagano, Mrs. Peters se paró ante mí.

—Este plato es especial para usted. Pollo frito a la suriana.

—¿Y los pescados? — dijimos los tres al unísono.

—Qué lástima...No sé que les pasó...Se pudrieron...Hediondísimos...Los tuve que botar...Luis, espero que no cometerá usted un pecado muy grande si prueba este delicioso pollo—y riendo nerviosamente puso varias presas sobre un plato y me lo colocó delante.

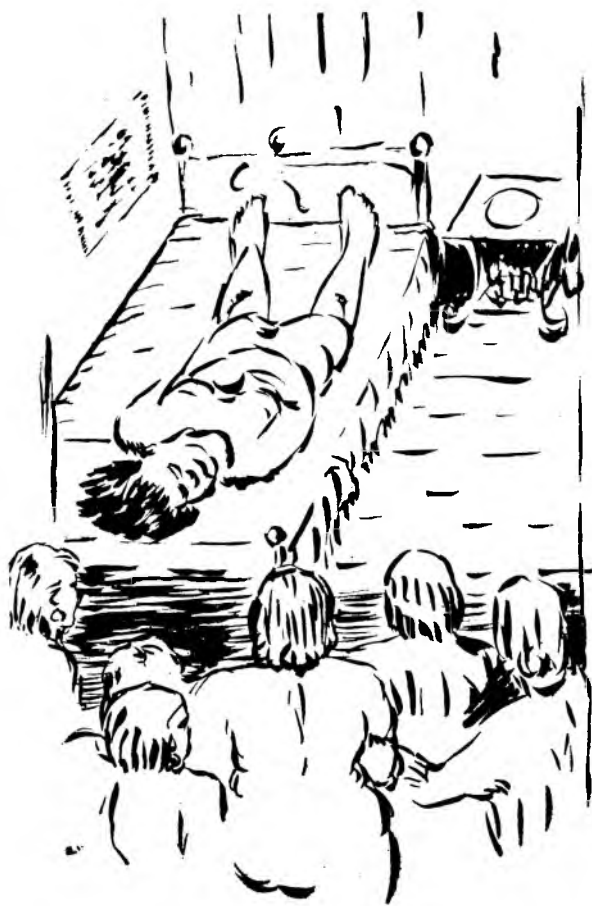
Panamá, Abril, 1946.



VELORIO

La noticia se regó por el “barrio” como agua por e! piso. Se metió por las puertas, se coló por las rendijas, y pronto todos los vecinos quedaron enterados: **SE MURIO LA ÑATA!** Claudette y Mireille, las francesas; Rosario, la chilena; Yetta, la polaca; en fin todas, se persignaron y fueron a ver en qué podían ayudar.

El cuarto de la Ñata. “Su taller”. La cama, un camello cansado; una cómoda cubierta con un paño hindú; una lámpara forrada en seda multicolor. En



una esquina un lavabo con toallas y botellas en su parte inferior.

La Nata yacía sesgada sobre la cama, como esperando la llegada de algún soldado, cara hacia la calle. En los labios se le dibujaba una mueca, que quiso ser sonrisa, quizás para halagar al cliente en perspectiva. Las mujeres se agolpaban a la puerta, pero ninguna se atrevía a entrar. A este cliente ellos no sabían que decirle, ni en que lengua hablarle. Los rojos baratos de sus mejillas se les enterraron en la piel.

La señora Duchamps se abrió paso.

—Vamos a ver, muchachas, déjenme entrar.

Las mujeres se apartaron instintivamente. Era la casera. Alquilaba las piezas por siete dólares mensuales. les ponía tres muebles, pagaba la contribución y las subarrendaba por cinco dólares diarios. A la que no pagaba la delataba a la clínica.

—Me fregó la pájara ésta. Nadie le avisó al marido?... Mireille, dile a uno de los chiquillos de arriba que vaya a decirle. Ven tú, Rosario. ayúdame a acostarla bien. Ya no tiene por que estar así.

Rosario vacilaba.

—Vamos hombre, tanto gringo sucio que tocas y a ésta le tienes asco. Agárrala por las piernas.

La colocaron en posición correcta, le tiraron encima una colcha morada y se sentaron a esperar. Poco a poco las otras se fueron colando. Parecía como si al cubrirle la cara al cadáver habían botado a la muerte del cuarto.

—Donde la van a velar?

—Y eso para qué? Que se la lleven ligero. Quie-

re la pieza.

—Aquí no se puede.

—Le diré a Maclovía que nos la deje velar en su cuarto. Da al patio y el Inspector no se puede meter con nosotras.

—Si el salvadoreño marido se raja podemos tener un buen velorio.

—Ese? Que va a rajarse.

—Bueno de todas maneras voy donde Maclovía.

—Allá tú.

* * *

—Miren, llegó el salvadoreño.

En la puerta del cuarto se recortaba la figura del marido de la Nata. Indio, pequeño, rechoncho, con una chácara que le pendía del hombro. Barrió el cuarto con la mirada y entró.

—Salvadoreño, tienes que ir a la funeraria a arreglar las cosas. Cargas plata? Estas quieren velorio así es que danos para comprar unas cosas. De venida tráete unas botellas de ron.

—A que horas murió?

—A las cuatro.

—Que vaina! Y adonde la velamos?

—Donde Maclovía. Ya Rosario fué a hablar con ella.

—Está bien.

A las siete de la noche todo estaba arreglado. Claudette sacó una de sus sábanas finas, de las que usaba cuando venía la flota, y la clavó en la pared posterior del cuarto. Ninguna tenía crucifijo, pero sacaron del fondo de los baúles cuadros de santos que

colgaron sobre la sábana. Había varios Don Boscos y San Antonios, y aún otros santos más que nadie conocía. Luego que el doctor hubo visto el cadáver y expedido el certificado, metieron el cuerpo en la caja y lo pasaron a la improvisada capilla. Pusieron sobre el ataúd unos ramos de flores artificiales y prendieron las velas que la Duchamps trajo.

El salvadoreño era dueño de la situación. Compró de todo. Al rato llegaron varios paisanos con trozos de hielo que depositaron en un balde de lavar. Maclovía comenzó a colar café y se inició la macabra fiesta.

Todas las mujeres del Barrio, hasta las jamaicanas, vinieron a sentarse un rato con la Nata. Pero no se lloró. Al contrario, todas conversaban, hacían chistes, y hasta se reían. Parecía que estaban contentas de que la Nata hubiera muerto. Menos competencia? Pensarían acaso que la Nata era ahora mas feliz que ellas?

En el patio el salvadoreño organizó dos mesas de dominó entre los hombres, maridos de las mujeres en su mayoría. En una esquina tres de sus paisanos mascullaban tristes aires de su tierra, acompañándose en una desvencijada guitarra.

Como a las once se aparecieron tres gringos.

—What th' hell?

—Get out, you! —les gritaron. —No work to-night. Tomorrow.

Maclovía servía café y pan y el salvadoreño repartía tragos de ron. A las cinco de la mañana, algunas, por seguir la costumbre, se retiraron a dormir

seguidas de sus hombres. Pero a las nueve estaban de vuelta.

—Oye, salvadoreño, no arreglaste con alguna iglesia?

—Pues verá usted, no sabía...

—No importa. Maclovio, ven y rezémosle un rosario. Estas no saben.

Pero todas sabían. El cuarto se pobló de murmullos. Las Aves Marías se les escapaban de los labios pintarrajeados como miedosas.. La letanía era un remolino que bailaba sobre el ataúd.

—Me parece que ya va siendo hora. Vamos a pié. Estamos cerca. Vengan muchachos, ayúdenme.

Cuatro de los concurrentes, borrachos y soñolientos, agarraron la caja y salieron. Los demás formaron cortejo. Nadie dijo una palabra.

Las Duchamps los miró irse.

Volvióse:

—Vamos niñas, a dormir que esta noche hay que trabajar. Se acabó la fiesta.

Panamá, Agosto de 1946.





EL ANIMA EN PENA

(Tradición Capitalina)

—Buenas noches, próceres, —dijo el viejo cura a los tres bustos del parque: suspiró, se volvió y entró al templo.

El Padre Santa María estaba muy viejo. Acababa de cumplir los setenta y cinco años, pero nadie podría adivinarlo. Si se le preguntaba su edad, sonreía enigmáticamente y contestaba que como la Iglesia, él era eterno. Su cuerpo erecto y delgado, forrado en limpia sotana, y sus suaves y amables facciones protegidas por el sombrero de teja eran conocidísimas por las calles de Panamá; la gente no se acordaba ni desde cuando vivía aquí, ni de adonde vino.



Siguiendo su costumbre el padre había escuchado, desde el atrio de la iglesia, la terminación del concierto semanal de la Banda. Mas, no le agradó el programa: tres marchas militares, un fox trot y una rumba. Añoraba el viejito las retretas de los tiempos idos, cuando los músicos usaban sus pintorescos y coloreados uniformes colombianos. Entonces se tocaban melancólicos pasillos y bambucos y alegres mazurcas. Pero llegó la República y todo había cambiado. Ahora se pensaba que el blanco era más fresco que los otros colores, y los músicos fueron los primeros en sufrir las consecuencias. Y no era que no le gustara el blanco. No, le placía; pero el blanco limpio, inmaculado, de los alazanos que florecen para la Nochebuena.

Le encantaba al cura “ver” la retreta. Cómo gozaba mirando a las morenas y bonitas muchachas de su parroquia, caminar alrededor de la plaza tratando de llevar el paso al compás de la música. sin quitar los ojos de encima a los muchachos que paseaban en dirección opuesta.

Simpático lugar este Panamá, pensaba el padre. Le recordaba a Sevilla. Razón tuvieron los españoles en llamarle “la alegre y confiada”, porque así era; y su gente, amante de las diversiones, bulliciosa y reidora como sus propios sevillanos.

Al entrar en la iglesia y sentir la frialdad del edificio, el anciano no pudo contener un temblor que le azotó el cuerpo. El templo estaba casi a oscuras; solo se advertía el oscilante resplandor de la lámpara del Santísimo, y la luz moribunda y amarilla de algunas, muy pocas, velas que los fieles habían ofreci-

do a las imágenes de sus santos favoritos. Poco concurrida estuvo la novena esa noche; como sucedía todos los jueves, y estaba bien. Las retretas solo tenían lugar ese día y la gente gustaba ir a la plaza a escuchar. Después de todo, novena había todas las noches. Pero al padre lo que le importaba era la ausencia de muchachas en el coro. Le gustaba decir sus oraciones acompañado de las dulces melodías de los cánticos que las muchachas entonaban.

Y el obispo se lo había advertido. Que la iglesia no aprobaba la presencia de mujeres en los coros litúrgicos; pero el padre siempre tenía su excusa a la mano; los muchachos preferían sentarse frente al billar, tocar guitarras, y cantar las últimas rumbas llegadas de Cuba, que formar los coros de la iglesia. Y no mentía del todo; pero le remordía la conciencia que la verdadera razón era que le agradaba escuchar a las muchachas; eran como las voces de los ángeles, aún cuando estos ángeles desafinaran de cuando en cuando.

El anciano hizo la genuflexión ante el Santísimo y se dirigió a los altares laterales a extinguir las velas. La iglesia estaba casi en tinieblas. Sombras, cual pequeños monitos titíes, saltaban sobre los bordados manteles de los altares. La oscuridad se tragó los cuadros del Via Crucis que casi cubrían las paredes del templo y el viejo se alegró de pensar que no tendría que verlos hasta el día siguiente. No le gustaban, eran demasiados grandes y no de muy buen gusto.

Es tiempo que se organice una feria, pensó. Así

podré comprar antes de la Cuaresma, los que he visto en la Postal. Qué lindos eran con sus figuras en relieve. Qué bien se verían en las blancas paredes.

—Muy buenas noches, hijos míos,—dijo el padre dirigiéndose al cuerpo de la iglesia, bajo cuyas baldosas dormían el sueño eterno muchos de sus feligreses. Siempre estaban con él a esta hora y él nunca se retiraba sin despedirse de ellos. Se habló de trasladar los restos que todavía estaban en las iglesias a los cementerios, pero al padre no le gustaba la idea. ¿Quién le haría compañía en las noches? Los difuntos eran sus hijos y él como padre no podía dormir sin saber que estaban bajo su techo.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Una voz recitaba las palabras de la oración con el sonsonete típico de los católicos hispanos. El cura buscó al dueño de la voz, mas no vió a nadie. Sería alguna de las beatas que se habría quedado dormida durante la novena y acababa de despertar. Balbina, la billetera sorda, lo hacía a cada rato. El padre busó con la mirada pero todo estaba en sombras. Además, esta voz era joven y agradable; la de Balbina era chillona y cascada.

El viejo sacerdote avanzó por la nave principal, pero la voz surgió esta vez de la nave izquierda. Se devolvió y se dirigió hacia allá, pero entonces la oyó en la derecha:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

—Si esto es una broma, ya se está poniendo un poco pesada — rezongó. — Debo encontrar a esta mujer y pedirle que se vaya. Después de todo, ya es tarde y mañana tengo que madrugar...

La voz llenaba ahora toda la iglesia, repitiendo una y otra vez la última parte del Ave María. De pronto se le ocurrió una cosa y acto seguido se arrodilló y recitó en voz alta:

—Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo y bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

Inmediatamente la voz respondió:

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Ensayó una vez más y de nuevo la voz le contestó.

Debe ser un ánima en pena, pensó. Había oído hablar de estas cosas pero al tomar las santas órdenes lo había olvidado. Según el decir de la gente, estas ánimas vagaban por el mundo pidiendo a los vivos oraciones para poder entrar al Reino de los Cielos. Pero, ¿para qué iba el Señor a enviar a las almas a rondar por el mundo en busca de oraciones? Para eso estaba el Purgatorio. Però, ¿y si a lo mejor el mundo era el tal Purgatorio? No, los doctores de la iglesia habían estudiado el mundo y el sitio de los penitentes lo habían colocado en otro lugar. Sin embargo, lo mejor era averiguar qué era todo esto.

—Anima en pena, te voy a ayudar. Rezaré el Rosario contigo, pero las cosas o se hacen bien o no

se hacen. Comencemos desde el principio.

Oyó entonces que la voz iniciaba el rezo con las palabras que acompañaban al signo de la cruz. El padre hizo lo mismo, y continuó con las oraciones preliminares. Terminadas éstas siguió con los misterios, los Padres Nuestros y las decenas. La voz contestaba cuando debía. Luego recitaron la Letanía. Con el último "ora pro nobis" el viejo escuchó que le decían:

—Dios lo bendiga, padre.

Indudablemente era un ánima en pena. Ante esta seguridad no sintió temor, pero sí quedó algo intrigado. ¿Quién sería este espíritu que había buscado su iglesia como lugar de penitencia? Quizás alguno de sus antiguos feligreses. Pero, no reconocía la voz. Además el acento no era como el de la gente de su parroquia. Fuera quien fuere, él se sentía orgulloso de que su templo fuese honrado de esa manera.

Sonriendo para sí, se imaginó lo celosos que se pondrían los curas de las iglesias aristocráticas si llegaban a saber que uno de sus encopetados fieles había escogido este pobre templo para purgar sus pecados. Con pensamiento tan placentero se dirigió a la sacristía, ascendió los empinados escalones y llegó a su celda. Se santiguó de nuevo y pidió al Señor su protección. Se acostó sobre el duro catre y pocos instantes después dormía profundamente.

La noche siguiente, una vez terminada la novena el anciano se preparó a recibir la visita del dulce fantasma que hacía penitencia. Durante todo el día, mientras desempeñaba sus funciones sacerdotales no

había dejado de pensar en el ánima. Al acercarse la hora comenzó a temer que todo fuera un sueño que su septuagenaria imaginación convirtiera en realidad. Cerró las puertas de la iglesia y estaba apagando las luces, cuando oyó a la voz santiguarse. El anciano se sintió feliz. No era tan viejo nada, pensó; no había sido sueño. Pero de nuevo lo atacaron las dudas... Y si era una broma... Y si era alguien que se estaba burlando de él?... Como se reirían sus feligreses al enterarse, él que siempre ridiculizara las supersticiones del pueblo. Y si llegaba a oídos de Su Señoría? Hasta le quitarían la parroquia y lo enviarían al asilo. Pero no: el buen Dios no permitiría que le pasara esto. Quizás era una prueba o mejor todavía una recompensa. El curita siempre le buscaba el lado bueno a las cosas por muy malas que parecieran. Consideró natural, pues, que Dios premiara sus servicios. Reconfortado con este pensamiento, inició el Rosario, acompañado de la voz.

Por ocho noches, el Padre Santa María acudió a su cita con el ánima. Durante todas ellas, al terminar las oraciones la voz le agradecía el servicio con un "Dios lo bendiga, padre". La novena y última noche al iniciar la Letanía le pareció adivinar una nota de alegría en la voz de su invisible acompañante. Ya había terminado y el ánima había pronunciado el último "ora pro nobis"; pero en vez del acostumbrado "Dios lo bendiga, padre" de las noches anteriores, sólo había silencio. El viejo comenzó a sentirse algo desilusionado. Mas, no sería que a lo mejor él habría hecho algo malo o que tal vez era necesario de-

cir oraciones adicionales? La voz interrumpió sus pensamientos.

—Muchas gracias, padre. Que el Señor lo conserve.

Levantó la mirada y notó que la iglesia no estaba tan oscura como antes. Los altares brillaban con una extraña fosforescencia. Segundos más tarde, todo quedó como siempre.

El cura subió a su cuarto. Mientras se preparaba para acostarse, recordó todo cuanto había pasado y se sintió más alegre que nunca; aún más alegre que el día que dijo su primera misa. ¡Qué honor para su iglesia! ¡Si pudiera contarlo al Obispo y a los otros padres! Pero se burlarían. El episodio debería permanecer encerrado en su pecho para siempre. Junto con los pecados que le confesaran sus feligreses. Al pensar en esta extraña mezcla no pudo menos de sonreír. El Señor era demasiado bueno con él, pensó al quedarse dormido.

Ann Arbor, Michigan, Octubre de 1944.



BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. J. AROSEMENA
por el Dr. J. D. Moscote
El Marqués de Lumbria
novela por Miguel de Unamuno.
- 2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO
por el Dr. Octavio Méndez Pereira
La Institutriz
novela por Stefan Zweig
- 3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO
por Enrique Ruiz Vernacci
y cuentos de Salomón Ponce Aguilera,
Dario Herrera y Ricardo Miró
- 4 “TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”
“A la Orilla de las Estatuas maduras”
dos cuentos de Rogelio Sinán
- 5 SIETE CUENTOS MEXICANOS
Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.
- 6 EL CIEGO DEL BULABA
Novela corta inédita
por Alfredo Cantón.
- 7 LA CERCA DE PIÑUELAS
Novela corta inédita
por Julio B. Sosa.
- 8 PANAMA ES UNA TACITA DE ORO
novela corta inédita
por Fito Aguilera
- 9 TRES CUENTOS
por José María Sánchez B.
- 10 LEYENDA E HISTORIA
por Ernesto J. Castillero R.



La Navidad del Recuerdo

Hoy estuve caminando por Third Street. Todo está igual que otros años. Al entrar al Almacén de Dalton me recibió una ola de música de Nochebuena, mezclada con un rumor de campanillas. En contrapunto, el sordo rezongar de la multitud que busca algo barato, vistoso e inútil para su mutuo regalarse. En el departamento de hombres, un inmenso arco iris de espantosas corbatas, que absurdas mujeres tocaban y manoseaban cual si las quisieran ordeñar. La sec-

ción de juguetes daba la impresión de que un ejército liliputiense hubiese atacado y vencido un pintoresco y fantástico pueblecito de mentiras. Indudablemente, la Nochebuena ha llegado a ser en los Estados Unidos la fiesta perfecta y uniforme. No sé porqué esperaba este año algo diferente. Acaso por la guerra...? Posiblemente. Sin embargo, creí que una especie de tristeza general, o por lo menos un sentimiento de temor, impregnaría el ambiente de esta pequeña ciudad universitaria. Pero, qué va. La propaganda comercial nada tiene que hacer con la guerra. De todos modos, nunca, desde que estoy aquí, me he sentido tan cerca de los míos. Claro está que ello se debe a la muerte reciente de mi padre. Siento que ahora —¡faltarán tantas cosas!— la Navidad de casa no será como las otras. Quisiera estar allá para hacer mucho menos hondo ese vacío, cuya presencia dará la nota dominante.

Al abrir la puerta de mi cuarto me he encontrado frente a frente con los familiares retratos, colocados como un comité de recepción sobre la cómoda. Sin quitarme el sobretodo, he estado contemplando largamente las fotos. No comprendo porqué me dicen tan poco, hoy que necesito estar con ellos más que nunca. El de mi mamá, indudablemente malo, la muestra en lo que llamo su gesto pretensioso. Me hubiera gustado verla riendose. Mis hermanos, todos, muy estirados, muy poco como mis hermanos. Total: que estos retratos siempre me parecieron buenos y ahora exijo de ellos mucho más. Es que a pesar de ser meras alusiones, tienen, en medio de mi soledad, una realidad más fuerte que el universo que me rodea.

Y quiero revivir con ellos las Navidades de mi infancia, quiero entregarme al dulce encanto de la Navidad del Recuerdo.

* * *

Tenía como siete años y vivíamos cerca del almacén de los Arias. Una tarde, volviendo de la escuela, la vidriera repleta de juguetes me llenó de intensa emoción.

—Mira qué montón de juguetes!—dije a mi hermanita.

Ahora sí que estaba encima la Navidad. En la escuela nos hicieron escribir cartas al Niño Dios, pero yo ya no creía en eso. El hijo de la cocinera nos había ilustrado sobre este inmenso misterio. Que los otros chiquillos zoquetes creyeran en el Niño Dios. Yo sabía quien los “ponía”.

—Oye, este almacén es del Niño Dios?— preguntóme mi hermana.

—No seas necia, hombre. Este es de la abuela de Teodoro. Que Niño Dios ni nada, acuérdate de lo que nos dijo el Cholo.

—Y tú por qué le dices eso a la otra? —me regañó la sirvienta.

—Ay, como si no supiéramos que lo del Niño Dios es puro cuento.

—En cuanto lleguemos se lo voy a decir a tu mamá, y si sigues portándote mal el Niño no te va a poner nada.

—Va ser...

Pero a medida que caminábamos hacia la casa me fué entrando miedo, miedo de que el Cholo no nos hubiera contado la verdad. A lo mejor, co-

mo ellos vivían metidos por allá por el Chorrillo, el Niño Dios no encontraría su cuarto. Micaela tenía entonces que ponerle los juguetes. Porque el año pasado yo había pedido un triciclo y el triciclo apareció al pie de mi cama. Si mi mamá era la que ponía los juguetes, como lo había sabido? Yo le puse la carta al Niño Dios de las Chiari, y cuando fui al día siguiente ya no estaba allí. Después le pregunté al Padre Argueta y él me dijo que el Niño se la había llevado.

Ocupado en pensar me encontré de pronto entrando a casa. Subí las escaleras a galope tendido y llegué casi sin respiración al cuarto de mi mamá, que estaba cosiendo en compañía de mi abuelita y de mi tía.

—Mami, quién pone los juguetes para la Nochebuena?

—El niño Dios. Por qué?

—Niña María, usted no debe dejar que estos niños jueguen con el Cholo ese, que se pasa el tiempo contándoles cosas que niños de la *categoría* no deben oír.

—Cristobalina, le he dicho mil veces que no use esa expresión delante de los niños, que no me gusta, — interpuso mi abuela; y volviéndose a mí.— Ven acá mi hijito, que te quiero explicar una cosa. Tú hiciste tu Primera Comuni3n el día de la Purísima, verdad? Cuando el padre te dió la hostia, que fué lo que te tragaste? Un pedacito de galleta; pero también recibiste a Nuestro Señor. El padre te lo explicó y tú le creíste porque tienes fé, no? Pues lo mismo pasa con la Navidad. El Padre Argueta te con-

tó que el Niño Dios se llevó tu carta el año pasado, y lo creíste. Lo mismo ocurrirá este año. Así como tú no ves a Nuestro Señor en la hostia, no lo ves cuando te trae los juguetes. Sin embargo, debes creer si tienes fé.

—Pero mira, Tita, si el Cholo me contó que él vió a Micaela cuando le puso los juguetes.

—No creas, mi hijito. Sucede que como el Niño Dios tiene tanto que hacer, manda a algunos de los ángeles a que lo ayuden, y como ellos usan trajes, al Cholo le pareció que era su mamá.

—El Cholo me contó que su mamá duerme en peticote y que esa noche tenía el peticote roto y que él la reconoció cuando se agachó a ponerle los juguetes debajo del catre.

—Jesús muchacho, tus cosas! Anda, vete a cambiar la camisa, estás empapado en sudor, y si te enfermas no vas a poder ir al Club mañana,— dijo mi mamá.

Mientras me cambiaba me dí a pensar y no sabía si creerle al Cholo o a mi Tita. Ella nunca me había desilusionado, pero el Cholo tampoco. Cuando ració el hijo de mi tía, ya él me había dicho, como un mes antes de que me contaran que lo habían traído de París, que tía Delia iba a tener un baby. Lo mejor era hablar con él. Salí de mi cuarto y bajé al patio.

—Oye, tú eres más bocón que el cacho de la planta — gritó al verme.— Tuviste que ponerte a bocomear delante de Cristobalina y mi 'amá me ha pegao la gran repelá.

Tenía el Cholo como once años y para mí era un

hombre de mundo. Como su mamá era pobre no podía ir a la Escuela de Marina, como yo. Asistía a Simón Bolívar, donde, según él, pasaban toda clase de cosas maravillosas. ¡Cuánto ambicionaba yo poder ir a una escuela así! En la mía, no pasaba nunca nada!

—Mira Cholo, yo creo que tú me estuviste metiendo mentiras cuando dijiste que no había Niño Dios. Mi Tita me dijo que sí había y que si uno tenía fé lo creía.

—Allá ella, yo ví a mi 'amá y eso no me lo quitó nadie de la cabeza. No te voy a contar nada más. Tú todo lo soplas y un día de estos me vas a meter en un lío.

—Anda, hombre, dime la verdad, no seas canalla.

—No, no, vete pa' tu cuarto que tengo que hacer un mandao.

Sentí que me perdía. Si mi Tita tenía razón, entonces el Cholo no tenía fé y debía confesárselo al padre. Esa noche, durante la comida, que nosotros, los más chicos, tomábamos solos, no pudimos hablar más que de los juguetes de los Arias. Sin embargo, yo me sentía el guardián de un terrible secreto, que al menor descuido se me escaparía. Después que mis padres y hermanos mayores se levantaron de la mesa, mi tía —llamábase Dolores, pero todos le decíamos "tía"— comenzó a sacar las cosas del Nacimiento. Del gran estante de mi Tita salieron las cajas que contenían las figuras, y del cuarto de atrás los enormes pliegos de papel engomado y pintado, que bajo sus hábiles manos se convertirían en las escarpadas

montañas que rodeaban Belén. Aparecieron asimismo, como por encanto, las casitas que formarían al pueblo, y los animales que darían vida al pequeño escenario. Una vez que el sirviente hubo quitado las macetas de palmas de la glorieta, comenzó el complicado proceso.

En el centro y un poco al fondo colocó el pesebre. Con gran entusiasmo mi tía se dió a la tarea, y pronto apareció un lindo pueblecito con sus nevadas montañas. A un lado puso un espejo, lo rodeó de musgo seco y se presentó a nuestros ojos un bello lago. Al otro, extendió un retazo de lamé plateado y tuvimos un río, que después cruzó con un gracioso puentecito. Luego, ante el risueño asombro nuestro, repartió las ovejas sobre los prados, los cisnes y patos sobre el lago, los leones, tigres y jaguares sobre las rocas.

Faltaba ahora lo más solemne, lo que todos esperábamos con gran emoción: el acto de colocar las imágenes benditas en el pesebre. De una gran caja surgieron San José, la Virgen y el Niño Dios. Como si cumpliera un rito, mi tía se volvió a nosotros y nos dió a besar la pequeña y linda imagen del Niño. Al poner mis labios sobre los diminutos pies sentí algo muy raro en el pecho. Y si mi Tita tenía razón? Pero, y lo que decía el Cholo? Como podía el Niño Dios darle juguetes a todos los chiquillos en una sola noche? Pero claro que sí lo hacía; siendo Dios podía hacer todo lo que quisiera. Temí haber pecado. A lo mejor no me iba a poner nada. Sin pensarlo tomé la mano de la tía, y antes de que pusiera la imagen en el pesebre le di otro beso más, en acto de contrición

por mis malos pensamientos.

Esa noche me costó gran trabajo dormir, cosa rara, pues a los siete años no hay mejor sedante que la cama. La cabeza me daba vueltas cual si fuera un remolino. De cuando en cuando, una idea se salía de la rueda llevándome tras ella por un instante. Recordaba el triciclo del año anterior. Que bueno era! La vez que unos chiquillos de la Plaza Herrera me lo quisieron quitar y mis hermanos acudieron a defenderme. Que me había puesto el Niño la Pascua antepasada? No podía precisarlo. No eran las patines; esos me los habían regalado para mi santo. Nada, era inútil. Y si este año me castigaban por no creer en el Niño Dios? A lo mejor el Cholo soñó que había visto a su mamá. A mí me sucedía con frecuencia. Soñaba algo y al día siguiente me costaba trabajo saber si era mentira o verdad, hasta que me aseguraba de haberlo soñado. De pronto, tuve una idea terrible. Me quedaría despierto hasta después de las doce para convencerme. Sería la mejor solución al enredo que tenía en la cabeza. Sin atenerme a lo que me decían ni mi Tita ni el Cholo. Mañana...

—Niño, levántate que es tardísimo— y uniendo acción a sus palabras, Cristobalina me halaba del dedo del pié.

—Qué pasa?— le pregunté todavía borracho de sueño.

—La niña Delia llamó para decir que Mister Morgan ya terminó de arreglar el árbol y quiere que lo vayan a ver.

Mi tía Delia era casada con un bonachón americano, a quién todos llamábamos Tío Gringo. Ir a ver

el arbolito de Tío Gringo era otra de las costumbres de nuestra Pascua. A las diez fuimos a Balboa, donde vivían mis tíos. Estaban muy bonitos— oí que dijeron después— el árbol y los adornos y la nieve, hecha de jabón; pero este año tenía tanto en que pensar que no me di cuenta de nada. Un solo pensamiento me dominaba; como quedarme despierto? Nunca había probado café, pero había oído decir a mi mamá que ella no lo tomaba de noche porque la desvelaba. Me robaría un poco de la cocina y lo tomaría antes de acostarme.

Después de almuerzo debíamos ir al Club. Era este baile del Club uno de los grandes eventos del año. Casi no se bailaba, mas era delicioso resbalarse por los encerados pisos, atracarse de dulces y pastillas, y aspirar al premio. A las cuatro salimos de casa. Iba toda la familia. Mi hermanita y yo de la mano de Cristobalina; mis hermanos mayores, muy elegantes con sus primeros pantalones largos; mis hermanas lindísimas con sus vaporosos trajes; y mi papá y mi mamá, cerrando la comitiva. Aunque nuestro carro era suficientemente grande para llevarnos a todos, mi papá había decidido de tiempo atrás que al baile del 24 debía irse a pié, como él lo había hecho desde la primera vez.

Al fin llegamos al Club. Subimos al gran salón que ya estaba repleto de gente. Acompañada de mi hermanita, mi mamá se dirigió a reunirse con las señoras que estaban sentadas a lo largo del salón. Mi padre fué a buscar los aguinaldos que el Club obsequiaba a los hijos de los socios. Mis hermanos se evaporaron con sus amigos, y mis hermanas desapa-

recieron en una nube de tul rosado y blanco formado por un grupo de muchachas que secreteaban y reían.

—Oye, ven, vamos a jugar la lleva— me gritó mi primo Tito, corriendo al otro salón.

—No hombre, no quiero jugar.

En ese momento divisé a Sammy, mi mejor amigo y con quién compartía todos mis secretos.

—Ven acá, quiero decirte una cosa.

—Que pasa?

—Esta noche me voy a quedar despierto para ver quién pone los juguetes.

—Mi mamá me dijo que si no creía que era el Niño Dios cometía pecado mortal.

—Eso me dijo mi Tita, pero el Cholo dice que él vió a Micaela cuando le puso los suyos.

—Cómo vas a hacer para quedarte despierto?— me preguntó, asombrado de mi atrevimiento.

—Voy a cogerme un poco de café, que mi mamá dice que quita el sueño.

—Cuidado te pescan, y entonces sí que se te fregaron las Pascuas.

—Que va hombre, yo sé hacer las cosas.

Nuestra conversación la interrumpió el papá de Tito, Presidente del Club, que efectuaba en esos momentos la rifa del premio. Como todos los años teníamos grandes esperanzas de que alguno de nosotros se lo sacara, pero al salir el número y ver que no lo teníamos, regresábamos a nuestros juegos como si tal cosa.

—Caramba, te he buscado por todas partes— me dijo mi hermano agarrándome de la mano.— Coge,

aquí está tu aguinaldo. Vamos al comedor.

Agarré mi regalo, un osito muy sin gracia, y fui a reunirme con los míos en el comedor.

—Mami, el café es veneno?

—No, mi hijito.

—Entonces, por qué no me lo dejan tomar?

—Porque los niños no deben tomar estimulantes.

—Qué es un es-ti-mu-lan-te?

—No preguntes tanto, que lo abombas a uno— dijo una de mis hermanas.

—Un estimulante es algo que... Dile tú mejor,

Octavio— dijo mi mamá dirigiéndose a mi padre.

—Cuando lleguemos a la casa te lo explicaré; no preguntes tonterías ahora.

—Sí lo tomo no me muero?— insistí.

—No hombre, si fuera veneno ya estaríamos muertos todos.

Satisfecho de la contestación no pregunté nada más. Me fui a jugar la lleva por los corredores con Sammy y mis otros amigos. Nos resbalamos en cadena por el piso. En fin, hicimos de todo. A las ocho nos fuimos a casa, muertos de cansancio pero contentos.

—La cena la van a servir para ustedes a las nueve. Váyanse a cambiar y a reposar un rato— nos dijo mi Tita a mi hermanita y a mí.

Todos los años, como el resto de la familia se iba adonde mi otra abuela a cenar tarde, a nosotros nos hacían una cenita antes de acostarnos. Cómo había deseado yo ser lo suficientemente grande para poder ir a la fiesta de la abuelita! Pero este año tenía algo más importante que hacer. Una vez terminada

la cena fuimos al Nacimiento a rezar antes de irnos a la cama. Y mientras contestaba las Ave Marías y Padres Nuestros de Cristobalina, pensaba en cómo robarme el café.

Elaboré un plan. En cuanto todos se fueran iría a la cocina. Si era descubierto diría que estaba tomando agua. Esperé un rato en la cama y después me levanté y salí en puntillas. La casa estaba en silencio. Al entrar en el oscuro cuarto me corrió un temblorcito de miedo. Prendí la luz y busqué con la vista la cafetera. Estaba sobre la estufa. Cogí una tacita y la llené hasta los bordes. El primer sorbo fue algo horrible; nunca había probado nada tan amargo. Le eché azúcar, pero el sabor seguía siendo desagradable. Sin embargo, apuré el negro líquido hasta la última gota. Apagué la luz y corrí hasta mi cuarto. Una vez acostado me sentí mejor e inicié la espera.

Serían las diez de la noche. Sólo faltaban dos horas para que apareciera el Niño, si venía de verdad. Cómo sería? Había visto imágenes, pero todas diferentes. La de las Chiari era rubia; la de San José morena. Si era así chiquito, cómo podía con tantos juguetes? Esto último me comenzó a preocupar. Cómo se movería de un lado para el otro? En carro, en coche, en qué? De pronto sentí bulla y casi salto de la cama. Era que unos hombres pasaban cantando por la calle. El susto me dejó tembloroso y el corazón me golpeaba el pecho como pidiéndome permiso para salir. Sentí un temblor, no de frío sino de miedo. Halé la sábana y me cubrí como si quisiera correr una cortina a lo que me rodeaba. Los ca-

rios que transitaban me llenaban de pánico. Para calmarme resolví pensar en lo que haría si el Niño Dios se me presentaba de pronto. Le hablaría? No, mejor me haría el dormido. El padre Argueta me había dicho que uno debía postrarse ante el Santísimo Sacramento. Así es que ante Dios mismo tendría que echarme al suelo y en esa posición no podía hablar. Pero si mi mamá era la que ponía los juguetes, que iba a hacer? En buen lío me iba a meter si me encontraba despierto. Qué hora sería? Me parecía tener siglos de estar esperando. Sentí el reloj del comedor dar una campanada. La una? El Niño, siempre venía a las doce. No, debían ser solamente las diez y media. Qué despacio pasaba el tiempo. Feliz me sentiría mañana al poderle decir a Sammy que ya estaba resuelto el misterio. Me imaginaba la escena. Ya me sentía como un valentón con sólo pensarlo. Al salir de misa me lo llevaría a un lado para contarle. Otra escena maravillosa sería al llegar a la escuela. Sentí calor. Cuando serían las doce para terminar con todo esto? Como sería el Niño Dios? Que cara tendría? Opté por acostarme boca abajo y taparme la cabeza con la almohada para imaginármelo mejor.

* * *

Lo ví clarito, con una larga túnica blanca y su corona brillantísima. Un grupo de ángeles cargando varios paquetes lo acompañaba. Con su mano diáfana les señaló mi cama, y ellos, preciosos en sus ropajes azules y sus alas blancas, corrieron a depositar los bultos en el suelo. Me levanté y corrí a postrarme ante EL. Quise hablar y no pude. Sonriendo me

mostró los paquetes. Los cogí, rompiendo sus envolturas como desesperado. Había un juego de golf, un perfecto tren eléctrico, escopetas, arcos y flechas, libros para pintar, todo lo que se me hubiera podido ocurrir. Levanté la cabeza y vi al Niño que me sonreía. De nuevo quise hablar, pero sentí como si me agarraran la garganta. Traté de gritar y no me salió sonido alguno. Dejé los juguetes. No había caso, la presión en la garganta aumentaba. La cara me ardía. Reuniendo todas mis fuerzas hice la última prueba.

El sol entraba en grandas haces por la ventana de mi cuarto. Las campanas de San José cantaban alegres su canción. Me levanté y corrí al comedor. Eran las siete. Me había dormido. Regresé a mi cuarto con ganas de llorar. Me tiré en la cama. Eché al aire las almohadas. Sentí un ruido seco. Miré al suelo y ví un montón de paquetes. Me tiré sobre ellos. Rápidamente los abrí. Allí estaba todo lo pedido. Pero... Quién los traería? Dejé caer un juego de magia. Mi mamá? No sentí ningún ruido. Quien, entonces? El contenido de la caja comenzaba a derramarse. El Niño Dios? El año entrante lo averiguaría.



SUSCRIBASE
a la
BIBLIOTECA

SELECTA

PRECIO B/1.50
AL AÑO

envíe su vale postal
al apartado 3181

MUEBLERIA

TUÑON

Ave. Central y Calle 13
(Edificio San Roque)

Muebles Cómodos y
elegantes a precios
especiales

COMPRE SUS
MUEBLES
CON TIEMPO

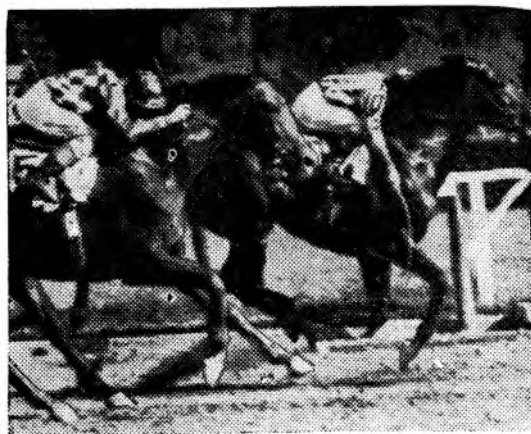
Aproveche nuestros
precios especiales



IMPRENTA DE LA ACADEMIA

IMPRESIONES — ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO — ENCUADERNACIONES

Calle Juan B. Sosa, No. 8 Panamá, R. de P.



Carreras de Caballos

QUINIELAS • DUPLETAS
GANADOR • ONE TWO

Gane dinero y goce de un
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS
en el

Hipódromo de Juan Franco

Mueblería La Garantía

CALLE 'T' No. 4

**Nada ayuda más al trabajo intelectual que una
atmósfera pura y fresca en un espacio alejado
del ruido de la calle y de la casa**

**Podemos brindarle una atmósfera tal mediante
una instalación de AIRE ACONDICIONADO**

C A R R I E R
en su recámara o en su oficina

Compañía Climatizadora

Tel. 1973 • Panamá

LECHE MARCA
AMEGLIO
HELADOS
SUAVEL
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.
Calle Juan B. Sosa No. 5
. Tel. 2066
PANAMA, R. P.

Angelini
Teléfonos 887—1687 Avenida Central 179
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

**PERFUMES
COSMETICOS
PRECIOS RAZONABLES**

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

Gerente General: Raimundo Ortega Vileto

Teléfono 2732_J

Apartado: 572



RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta

S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

**Los cuentos publicados en Biblioteca Selecta serán
leídos a través de nuestros micrófonos de 10.15 a
10.30 p.m., todos los días, menos los domingos.**

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la República se sostienen con el producto de LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando únicamente billetes de la LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año